

— Sí, monseñor; y he ahí un caballo que entra en el patio: trae mi botella de vino de Tokay!

— ¡Quiera el cielo que me vea servido de este modo otros veinte años aun! dijo el mariscal volviéndose á su espejo mientras que el mayordomo corría á su despensa.

— ¡Veinte años! repitió una voz jovial interrumpiendo al duque precisamente al echar la primera mirada al espejo. ¡Veinte años! mi querido mariscal, os lo deseo con toda el alma; pero entonces, duque, yo tendría sesenta, y sería muy vieja.

— ¡Sois vos, condesa! exclamó el mariscal; ¡vos la primera! ¡Dios mío, qué hermosa y fresca estáis siempre!

— Decid más bien que estoy helada, duque.

— Os ruego que paséis al retrete.

— ¡Oh! ¿una conversación á solas, mariscal?

— Seremos tres, respondió una voz cascada.

— ¡Taverney! exclamó el mariscal. ¡Maldito agua-solaces! añadió al oído de la condesa.

— ¡Fatuo! murmuró madama Dubarry soltando en seguida una gran carcajada.

Y todos tres pasaron á la pieza inmediata.

CAPÍTULO II.

LA PEROUSE.

En aquel mismo instante un ruido sordo de varios coches en el empedrado cubierto de nieve advirtió al mariscal la llegada de sus huéspedes, y á muy breve rato, gracias á la exactitud del mayordomo, se sentaban alrededor de la mesa ovalada del comedor nueve convidados; mientras nueve lacayos, silenciosos como unas sombras, ágiles sin precipitación, atentos sin importunidad, se deslizaban sobre la alfombra y pasaban por entre los convidados sin rozar jamás sus brazos y sin tropezar contra sus sillones, sepultados en una porción de pieles en que los convidados metían sus piernas hasta la rodilla.

He ahí lo que saboreaban los huéspedes del mariscal con el dulce calor de las estufas, la fragancia de los manjares, el aroma de los vinos y el murmullo de las primeras conversaciones después de la sopa.

En el exterior no se oía el más pequeño ruido, los postigos tenían sordinas; dentro tampoco se sentía más ruido que el que hacían los convidados: platos que cambiaban de sitio sin que se les oyese sonar; servicio de plata que pa-

saba del aparador á la mesa sin una sola vibración, un mayordomo de quien siquiera podía sorprenderse el susurro, porque daba sus órdenes con los ojos.

Así, al cabo de diez minutos los convidados se sintieron perfectamente solos en aquella sala; en efecto, sirvientes tan mudos, esclavos tan impalpables, debían necesariamente ser sordos.

El señor de Richelieu fué el primero que rompió aquel silencio solemne que duró tanto como la sopa, diciendo al convidado que estaba á su derecha:

— El señor conde no bebe.

Aquél á quien se dirigían estas palabras era un hombre de treinta y ocho años, cabello rubio, de pequeña estatura, y subido de hombros. Sus ojos, de un azul claro, eran vivos algunas veces, y á menudo melancólicos, y en los rasgos irrecusables de su frente ancha y generosa estaba escrita la nobleza.

— Solo bebo agua, mariscal, respondió.

— Excepto en el palacio del rey Luis XV, repuso el duque. He tenido el honor de comer allí con el señor conde, y entonces se dignó beber vino.

— Me traéis á la memoria un excelente recuerdo, señor mariscal; sí, en 1771, he bebido vino de Tokay de la cosecha imperial.

— Hermano del que mi mayordomo tiene el honor de presentaros en este momento, señor conde, dijo el mariscal haciendo una inclinación.

El conde de Haga levantó el vaso á la altura de los ojos y lo miró á la luz de las bujías.

El vino brillaba en el vaso como un rubí líquido.

— Verdad es, señor mariscal, dijo; ¡ gracias !

Y pronunció la palabra *gracias* con un tono tan noble y agradable que, electrizados los asistentes, se levantaron á un tiempo gritando:

— ¡ Viva Su Majestad !

— Es verdad, respondió el conde de Haga; ¡ viva S. M. el rey de Francia ! ¿ No sois de mi opinión, señor de La Perouse ?

— Señor conde, respondió el capitán con ese acento afable á la par que respetuoso del hombre acostumbrado á hablar á las testas coronadas, hace una hora que me he separado del rey, y ha estado tan bondadoso conmigo que nadie gritará más alto que yo ¡ viva el rey ! solo que, como dentro de una hora tendré que correr la posta para llegar al mar, donde me aguardan las dos ureas que el rey pone á mi disposición, una vez fuera de aquí, os pediré el permiso de vitorear á otro rey, á quien desearía mucho servir, si no tuviese otro amo tan bueno.

Y levantando su vaso, el señor de La Perouse saludó humildemente al conde de Haga.

— Todos estamos prontos, caballero, á repetir el brindis que queréis proponer, dijo madama Dubarry sentada á la izquierda del mariscal; pero antes es preciso que lo proponga nuestro decano de edad, como se diría en el Parlamento.

— ¿ Es á ti, Taverney, á quien va dirigida la pulla, ó á mí ? dijo el mariscal riendo y mirando á su viejo amigo.

— No lo creo, dijo un nuevo personaje sentado frente al mariscal de Richelieu.

— ¿ Qué es lo que no creéis, señor de Caghostro ? preguntó el conde de Haga fijando su penetrante mirada en el interlocutor.

— Que nuestro decano de edad sea el señor de Richelieu, señor conde, respondió Cagliostro inclinándose.

— ¡ Oh, me gusta ! dijo el mariscal ; parece que eres tú, Taverney.

— ¡ Conversación ! tengo ocho años menos que tú, pues nací en 1704, replicó el viejo señor.

— ¡ Descortés ! dijo el mariscal ; ahora nos viene preguntando mis ochenta y ocho años.

— ¿ En verdad, tenéis ochenta y ocho años, duque ? dijo el señor de Condorcet.

— ¡ Oh ! sí, por cierto. Es un cálculo fácil de hacer, y por lo mismo indigno de un algebrista tan consumado como vos, marqués. ¡ Yo soy del otro siglo, del gran siglo, como lo llaman, de 1696 ; he ahí una fecha !

— Imposible, dijo de Launay.

— ¡ Oh ! si vuestro padre estuviese aquí, señor gobernador de la Bastilla, replicó Richelieu, no diría imposible, pues me ha tenido de pensionista en 1714.

— Yo declaro que el decano de edad aquí, dijo el señor de Fayras, es el vino que el señor conde de Haga está echando en este momento en su vaso.

— ¡ Un Tokay de cien años ! tenéis razón, señor de Fayras, repuso el conde. ¡ A este Tokay el honor de brindar por la salud del rey !

— Un instante, señores, dijo Cagliostro alargando por sobre la mesa su cara radiante de vigor é inteligencia ; yo protesto.

— ¿ Protestáis sobre el derecho de mayor edad del Tokay ? replicaron en coro los convidados.

— Sin duda que protesto, respondió el conde con calma, puesto que soy yo mismo quien lo ha embotellado.

— ¿ Vos ?

— Sí, yo ; y eso lo hice el día de la victoria alcanzada por Montecuculli contra los turcos en el año de 1664.

Una inmensa carejada acogió estas palabras, que Cagliostro había pronunciado con imperturbable gravedad.

— Según eso, caballero, dijo madama Dubarry, tenéis así como la friolera de ciento treinta años, porque para haber podido meter ese buen vino en su botellón, os concedo diez años.

— Cuando hice esa operación, madama, tenía más de diez años, puesto que al día siguiente tuve el honor de que S. M. el emperador de Austria me encargase de felicitar á Montecuculli, quien, con la victoria de San Gothard, había vengado la jornada de Especk en Esclavonia, en que los infieles derrotaron completamente á los imperiales mis amigos y compañeros de armas en 1536.

— ¡ Eh ! dijo el conde de Haga con la misma frialdad que Cagliostro ; el señor tenía en aquella época á lo menos diez años, puesto que asistía en persona á aquella memorable batalla.

— ¡ Fué una terrible derrota, señor conde ! respondió Cagliostro inclinándose.

— Sin embargo, no tan cruel como la de Crey, dijo Condorcet sonriendo.

— Es verdad, caballero, respondió Cagliostro sonriendo tam bién ; la derrota de Crey fué una cosa espantosa, en atención á que no sólo fué batido un ejército, sino la Francia. Pero también debemos convenir en que aquella derrota no fué una victoria enteramente leal por parte de la Inglaterra. El rey Eduardo tenía cañones, circunstancia de todo punto ignorada de Felipe de Valois, ó más bien, circunstancia á que Felipe de Valois no quiso dar crédito, aunque yo se la advertí, asegurándole que había visto con mis

propios ojos aquellas cuatro piezas de artillería que Eduardo había comprado á los venecianos.

— ¡ Ah, ah ! exclamó madama Dubarry, ¿ habéis conocido á Felipe de Valois ?

— Madama, tuve el honor de ser uno de los cinco señores que lo escoltaron al dejar el campo de batalla, respondió Cagliostro. Había yo venido á Francia con el pobre viejo rey de Bohemia, que estaba ciego y que se hizo matar en el momento en que le dijeron que todo estaba perdido.

— ¡ Dios mío ! exclamó La Perouse. No podéis figuraros, caballero, lo mucho que siento que en vez de asistir á la batalla de Crecy, no hayáis asistido á la de Actium.

— ¿ Y por qué, caballero ?

— Porque entonces habríais podido darme algunos detalles náuticos que, á pesar de la hermosa narración de Plutarco, no he podido aclarar jamás.

— ¿ Qué detalles, caballero ? Me alegraría infinito de poder servir de alguna utilidad.

— ¿ Según eso, asististeis á ella ?

— No, caballero ; á la sazón me hallaba en Egipto, pues me había encargado la reina Cleopatra el arreglo de la Biblioteca de Alejandría, encargo que yo podía desempeñar mejor que ningún otro, por haber conocido personalmente á los mejores autores de la antigüedad.

— ¿ Y habéis visto á la reina Cleopatra, señor de Cagliostro ? preguntó la condesa Dubarry.

— Como os estoy viendo á vos, madama.

— ¿ Era tan hermosa como dicen ?

— Bien sabéis, señora condesa, que la hermosura es una cosa relativa. Encantadora reina en Egipto, Cleopatra tal vez no habría sido en París más que una adorable *griseta*.

— No habléis mal de las grisetas, señor conde.

— ¡ No lo permita Dios !

— ¿ Conque Cleopatra era ?...

— Pequeña, delgada, viva, aguda, con grandes ojos rasgados, una nariz griega, dientes de perla, y una mano como la vuestra, señora, una verdadera mano hecha para empuñar el cetro. Mirad : he aquí un diamante que me regaló y que le venía de su hermano Ptolomeo. Cleopatra lo traía en el dedo pulgar.

— ¡ En el dedo pulgar ! exclamó madama Dubarry.

— Sí, era una moda egipcia, y yo, como veis, apenas puedo meterlo en mi dedo meñique.

Y sacando la sortija, la presentó á madama Dubarry.

Era un magnífico diamante de unas aguas tan maravillosas y tan bien pulimentado, que podía valer treinta ó cuarenta mil francos.

El diamante dió la vuelta por toda la mesa y volvió á Cagliostro, que lo volvió á poner en su dedo.

— ¡ Ah ! veo bien que sois incrédula, dijo, ¡ incredulidad fatal que he tenido que combatir durante toda mi vida ! Felipe de Valois no quiso creerme cuando le dije que abriera una retirada á Eduardo ; Cleopatra no quiso creerme cuando le dije que Antonio sería derrotado ; y los troyanos no quisieron creerme cuando les dije á propósito del caballo de madera : Casandra está inspirada, escuchadla

— ¡ Oh ! ¡ es maravilloso ! dijo madama Dubarry riendo á carcajadas ; y en verdad que no he visto jamás un hombre tan serio y al mismo tiempo tan divertido como vos.

— Os aseguro, dijo Cagliostro inclinándose, que Jo-

natás era aun mucho más divertido que yo. ¡ Oh ! ¡ qué compañero tan divertido ! Tanto que, cuando fué muerto por Saúl, estuve á punto de volverme loco.

— ¿ Sabéis, conde, dijo el duque de Richelieu, que si proseguís vais á volver loco al pobre Taverney, que tiene tanto miedo á la muerte, y que os está mirando con unos ojos espantados creyéndooos inmortal ? Vamos, francamente ¿ sois inmortal, sí ó no ?

— ¿ Inmortal ?

— Sí, inmortal.

— No sé nada de eso, pero sé que puedo afirmar una cosa.

— ¡ Qué cosa ! preguntó Taverney, que era el más ávido de todos los oyentes del conde.

— Que he visto todas las cosas y conocido todos los personajes que os acabo de citar.

— ¿ Habéis conocido á Montecuculli ?

— Como os conozco á vos, señor de Favras, y aun más intimamente, porque esta es la segunda ó tercera vez que tengo el honor de veros, mientras que viví cerca de un año bajo la misma tienda de campaña que el hábil estratégico de quien hablamos.

— ¿ Habéis conocido á Felipe de Valois ?

— Como he tenido el honor de deciros, señor de Condoreet ; pero cuando él volvió á París, dejé yo la Francia y me volví á Bohemia.

— ¿ Y á Cleopatra ?

— Sí, señora condesa, y á Cleopatra. Os he dicho que tenía unos ojos negros como los vuestros, y un pecho casi tan bello como el vuestro.

— Pero, conde, vos no sabéis cómo tengo yo el pecho.

— Lo tenéis semejante al de Casandra, madama, y para que la semejanza sea completa, ella tenía como vos, ó vos tenéis como ella un lunarecito negro á la altura de la sexta costilla izquierda.

— ¡ Oh ! conde, estoy viendo que sois brujo !

— ¡ Eh ! no, condesa, repuso el mariscal de Richelieu riendo, se lo he dicho yo.

— ¿ Y como lo sabéis vos ?

El mariscal alargó los labios.

— ¡ Hum ! dijo. Ese es un secreto de familia.

— ¡ Está bien ! ¡ está bien ! exclamó madama Dubarry. En verdad, mariscal, que hace uno bien en ponerse do-ble capa de colorete cuando viene á vuestra casa.

Luego dirigiéndose á Cagliostro añadió :

— Verdaderamente, caballero, debéis tener el secreto de rejuvenecer, porque, de edad de tres ó cuatro mil años, como sois, apenas aparentáis tener cuarenta.

— Sí, madama, tengo el secreto de rejuvenecer

— ¡ Oh ! entonces rejuvenecedme á mí.

— A vos, madama, es inútil, porque el milagro está hecho. Cada uno tiene la edad que representa, y vos á lo sumo tenéis treinta años.

— Eso es una galantería.

— No, madama, es una realidad.

— Explicaos.

— Es muy fácil. Vos habéis empleado mi secreto en vuestro favor.

— ¿ Cómo así ?

— Habéis tomado de mi elixir.

— ¿ Yo ?

— Vos, condesa. ¡ Oh ! supongo que no lo habéis olvidado.

— ¡ Oh ! ¡ esta es otra !

— Condesa, ¿ os acordáis de una casa de la calle de San Claudio ? ¿ os acordáis de que fuisteis á aquella casa por cierto negocio concerniente al señor de Sartines ? ¿ os acordáis de haber hecho un grande servicio á uno de mis amigos llamado José Bálsamo ? ¿ os acordáis de que José Bálsamo os regaló un frasco de elixir recomendándoos el tomar tres gotas todas las mañanas ? ¿ os acordáis de haber observado la receta hasta el año último, época en que se agotó el frasco ? Si no recordáis todo eso, condesa, en verdad que no se podría llamar olvido sino ingratitud.

— ¡ Oh ! señor Cagliostro, me estáis diciendo unas cosas...

— Que sólo son conocidas de vos, bien lo sé. Pero si uno no supiese los secretos de su prójimo, ¿ dónde estaría el mérito de ser brujo ?

— Según eso, ¿ José Bálsamo tenía como vos la receta de ese admirable elixir ?

— No, madama ; pero como era uno de mis mejores amigos, le había dado tres ó cuatro frascos de él.

— ¿ Y le queda aun algo ?

— ¡ Oh ! no lo sé. Hace tres años que ha desaparecido el pobre Bálsamo. La última vez que lo vi fué en América, en las orillas del Ohio ; iba á hacer una expedición á las montañas Berroqueñas, y desde entonces he oído decir que había muerto allí.

— ¡ Vamos, vamos, conde ! ¡ os suplico que suspendáis las galanterías ! Decidnos el secreto, conde, ¡ el secreto !

— ¿ Habláis formalmente, caballero ? preguntó el conde de Haga.

— Muy formalmente, señor... Perdonadme, quiero decir, señor conde ; y Cagliostro se inclinó de una manera que indicaba que acababa de padecer una equivocación enteramente voluntaria.

— ¿ Conque madama no es bastante vieja para rejuvenecerse ? dijo el mariscal.

— No, en conciencia.

— Pues bien : entonces voy á presentaros otro sujeto. Aquí tenéis á mi amigo Taverney. ¿ Qué os parece ? ¿ No tiene trazas de ser contemporáneo de Poncio Pilatos ? Pero puede que en él suceda todo lo contrario, que sea demasiado viejo.

Cagliostro miró al barón.

— No, dijo.

— ¡ Ah ! querido conde, exclamó Richelieu, si le rejuvenecéis á él, os proclamo el discípulo de Medea !

— ¿ Lo deseáis ? preguntó Cagliostro dirigiendo la palabra al amo de casa, y la vista á todo el auditorio.

Todos hicieron una señal afirmativa.

— ¿ Y vos como los demás, señor de Taverney ?

— ¡ Pardiez ! yo lo deseo más que los demás, respondió el barón.

— Pues bien ; es muy fácil, dijo Cagliostro.

Y deslizando dos dedos en su bolsillo sacó una botellita octaedra.

Luego tomó un vaso de cristal limpio aun, y derramó en él algunas gotas del licor contenido en la botellita.

Entonces, extendiendo aquellas gotas en medio vaso de vino de Champaña helado, pasó el brebaje así preparado al barón.

Todos los ojos habían seguido sus menores movimientos, y todas las bocas estaban abiertas.

El barón tomó el vaso, pero en el momento de llevarlo á los labios, vaciló.

Al ver su perplejidad, todos soltaron una carcajada tan estrepitosa, que se impacientó Cagliostro, y dijo:

— Despachad, barón, ó vais á dejar perderse un licor del que cada gota vale cien luises.

— ¡ Diabolo ! exclamó Richelieu en tono de broma, ¡ eso es otra cosa que el vino de Tokay !

— ¿ Conque es preciso beber ? preguntó el barón casi temblando.

— Ó pasar el vaso á otro, caballero, á fin de que el elixir al menos aproveche á alguno.

— Pásamelo, dijo el duque de Richelieu alargando la mano.

El barón olió su vaso, y sin duda decidido por el olor vivo y balsámico y por el hermoso color rosado que las gotas del elixir habían comunicado al vino de Champaña, tragó el licor mágico.

En el mismo instante le pareció que un temblor agitaba todo su cuerpo y hacia refluir hacia la epidermis toda la sangre vieja y lenta que dormía en sus venas, desde los pies hasta el corazón. Estiróse su arrugada piel, dilatáronse sus ojos flojamente cubiertos por el velo de sus párpados, sin que la voluntad tuviese parte en ello, la niña del ojo se avivó y agrandó; el temblor de sus manos fué reemplazado por un aplomo nervioso, afirmóse su voz, y sus encias, adquiriendo la elasticidad de los hermosos días de su juventud, se fortificaron al mismo tiempo que sus riñones, como si el licor, descendiendo,

hubiese regenerado todo aquel cuerpo de un extremo á otro.

Resonó en el aposento un grito de sorpresa, de estupor y particularmente de admiración. Taverney que hasta entonces apenas podía comer, se sintió hambriento: tomó vigorosamente plato y cuchillo, se sirvió de un guisado que estaba á su izquierda, y trituró los huesos de perdiz diciendo que sentía nacerle sus dientes de veinte años.

Comió, bebió, rió y gritó de alegría por espacio de media hora, y durante este tiempo, todos los otros convidados estuvieron atónitos mirándole; luego, fué bajándose poco á poco como una lámpara á la que acaba de faltar el aceite. Primeramente en su frente, de la que habían desaparecido por un instante sus antiguas arrugas, se presentaron otras más hondas; sus ojos se velaron y obscurecieron: perdió el apetito, luego se encorvó su espalda, y sus rodillas principiaron á temblar de nuevo.

— ¡ Oh ! exclamó lanzando un gemido.

— ¿ Y bien ? preguntaron todos los convidados.

— ¡ Y bien ; adiós juventud !

Y exhaló un profundo suspiro acompañado de dos lágrimas que humedecieron sus párpados.

Instintivamente y al ver el triste aspecto del anciano rejuvenecido primero y luego envejecido aun más por aquella vuelta de la juventud, todos los convidados exhalaban un suspiro como el que había exhalado Taverney.

— Es muy sencillo, señores, dijo Cagliostro; no he echado al barón más que treinta y cinco gotas del elixir de vida, y él no ha rejuvenecido más que por treinta y cinco minutos.

— ¡ Oh! dadme más, dadme más, conde! murmuró el viejo con avidez.

— No, señor; porque una segunda prueba podría mataros, respondió Cagliostro.

Entre todos los convidados, quien con más curiosidad había seguido los pormenores de aquella escena, era madama-Dubarry, que conocía la virtud de aquel elixir.

Á medida que la juventud y la vida hinchaban las arterias del viejo Taverney, los ojos de la condesa seguían en las arterias la progresión de la juventud y la vida; se reía, aplaudía y se regeneraba por medio de la vista.

Cuando el éxito del brebaje llegó á su apogeo, la condesa estuvo á punto de arrojarse á la mano de Cagliostro para arrancarle el frasco del elixir.

Pero en aquel momento, como Taverney se envejeciese más pronto de lo que había rejuvenecido:

— ¡ Ah! exclamó. Lo veo muy bien; todo es vanidad y quimera; el secreto maravilloso ha durado treinta y cinco minutos.

— Quiere decir, repuso el conde de Haga, que para rejuvenecer por espacio de dos años, sería preciso beber un río.

Todos se echaron á reir.

— No, dijo Condoreet, el cálculo es sencillo, á treinta y cinco gotas por treinta y cinco minutos, es una miseria de tres millones ciento cincuenta y tres mil y seis gotas, si uno quiere rejuvenecerse por un año.

— Una inundación, dijo La Perouse.

— Y sin embargo, según vuestra opinión, caballero, no ha sucedido lo mismo conmigo, puesto que una hottelita cuatro veces como la vuestra, que me habia dado

vuestro amigo José Bálsamo, ha bastado para detener en mí la marcha del tiempo por espacio de diez años.

— Exactamente, madama, y sólo vos tocáis con el dedo la misteriosa realidad. El hombre que ha envejecido, y demasiado, necesita esa cantidad para que se produzca un efecto inmediato y poderoso; pero una mujer de treinta años, como vos los tenéis, madama, ó un hombre de cuarenta años, como yo, cuando hemos principiado á beber el elixir de vida y juventud, sólo necesitan beber diez gotas de esta agua á cada período de decadencia, y mediante estas diez gotas, aquél ó aquélla que las beba encadenará la juventud y la vida en el mismo grado de encanto y energía.

— ¿ Á qué llamáis períodos de decadencia? preguntó el conde de Haga.

— Á los períodos naturales, señor conde. En el estado natural, las fuerzas del hombre crecen hasta los treinta y cinco años; llegando á esa edad, permanecen estacionarias hasta los cuarenta. Desde los cuarenta años, el hombre principia á decaer casi imperceptiblemente hasta los cincuenta. Entonces los períodos se aceleran y precipitan hasta el día de la muerte. En el estado de civilización, esto es, cuando el cuerpo se gasta por los excesos, los pesares y las enfermedades, las fuerzas del hombre cesan de crecer á los treinta años, y á los treinta y cinco principian á decrecer. Y bien; entonces es cuando el hombre de la naturaleza ó el de las ciudades debe apoderarse de la naturaleza en el momento en que está estacionaria, á fin de oponerse á su movimiento de decrecencia en el mismo momento en que intente operarse. Aquél que poseyendo como yo el secreto de este elixir,

sabe combinar el ataque de manera que la sorpresa y detenga en su vuelta sobre sí misma, vivirá como yo vivo, siempre joven, ó al menos bastante joven para lo que le conviene hacer en este mundo.

— ¡ Dios mío ! señor de Cagliostro, exclamó la condesa, entonces supuesto que erais dueño de escoger vuestra edad, ¿ por qué no habéis escogido veinte años en lugar de cuarenta ?

— Porque, señora condesa, respondió sonriendo Cagliostro, me conviene ser siempre un hombre de cuarenta años, sano y completo, más bien que un joven incompleto de veinte años.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! exclamó la condesa.

— ¡ Eh ! sin duda, madama, continuó Cagliostro, á veinte años se agrada á las mujeres de treinta ; á los cuarenta se domina á las mujeres de veinte y á los hombres de sesenta.

— Me rindo, caballero, dijo la condesa. Además ¿ como disputar con una prueba viva ?

— ¡ Entonces yo quedo desahuciado ! exclamó con lastimera voz Taverney. ¡ He hecho la experiencia demasiado tarde !

— El señor de Richelieu ha sido más diestro que vos, dijo sencillamente La Perouse con su franqueza de marino ; pues siempre he oído decir que el mariscal tenía cierta receta...

— Ese es un rumor propagado por las mujeres, dijo riendo el conde de Haga.

— ¿ Es esa una razón para no creerlo, duque ? preguntó madama Dubarry.

El viejo mariscal, que nunca se ruborizaba, se ruborizó entonces ; y respondió al punto :

— ¿ Queréis saber, señores, en qué consiste mi receta ?

— Ciertamente que lo queremos saber.

— Pues bien ; en cuidarme.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! exclamó la asamblea.

— ¡ Ni más ni menos ! dijo el mariscal.

— Pondría en duda la receta, dijo la condesa, si no acabase de ver el efecto de la del señor de Cagliostro. Así, señor brujo, tened cuidado, porque aun no he apurado todas mis preguntas.

— Haced las que gustéis, madama.

— ¿ Conque decíais que la primera vez que hicisteis uso de vuestro elixir de vida teníais cuarenta años ?

— Sí, madama.

— ¿ Y que desde aquella época, esto es, desde el sitio de Troya ?...

— Un poco antes, madama.

— Sea así ; ¿ habéis conservado cuarenta años ?

— Ya lo estáis viendo.

— Pero según eso, caballero, repuso Condorcet, nos probáis más de lo que sienta vuestro teorema.

— ¿ Qué es lo que os pruebo, señor marqués ?

— Nos probáis, no sólo la perpetuación de la juventud, sino también la conservación de la vida ; porque si tenéis cuarenta años desde la guerra de Troya, es que no habéis muerto jamás.

— Verdad es, señor marqués, no he muerto jamás ; lo confieso humildemente.

— Sin embargo, no sois invulnerable como Aquiles, y aun no digo bien llamando invulnerable á Aquiles, porque Aquiles no lo era tampoco, puesto que Paris le mató de un flechazo en el talón.

— No, no soy invulnerable, y eso con gran pesar mío, respondió Cagliostro.

— ¿Entonces podéis ser muerto, morir de muerte violenta?

— ¡Ay! sí.

— ¿Y cómo habéis hecho para escapar de todo accidente durante tres mil y quinientos años?

— Ha sido una suerte, señor conde; tened á bien seguir mi raiocinio.

— Ya lo sigo.

— Todos lo seguimos.

— ¡Sí, sí! repitieron todos los convidados.

Y cada uno, manifestando el interés más inequívoco, se puso de codos sobre la mesa, y prestó la mayor atención.

La voz de Cagliostro rompió el silencio.

— ¿Cuál es la primera condición de la vida? dijo moviendo con tanta elegancia como facilidad dos hermosas y blancas manos cargadas de sortijas, entre las que brillaba la de la reina Cleopatra como la estrella polar. La salud, ¿no es verdad?

— Sin duda, respondieron todos.

— Y la condición de la salud es...

— El régimen, dijo el conde de Haga.

— Tenéis razón, señor conde; el régimen es el que conserva la salud. Y bien; ¿por qué esas gotas de mi elixir no habrían de constituir el mejor régimen posible?

— ¿Quién lo sabe?

— Vos, conde.

— Sin duda que sí, pero...

— Y ningún otro, dijo madama Dubarry.

— Esa, madama, es una cuestión que discutiremos muy luego. Así, pues, he observado siempre el régimen de mis gotas, y como son la realización del sueño eterno de los hombres de todos tiempos, como son lo que los antiguos buscaban bajo el nombre de agua de la juventud, y lo que los modernos han buscado bajo el de elixir de vida, he conservado constantemente mi juventud; por consiguiente mi salud, y por consiguiente mi vida. Esto es claro.

— Sin embargo, conde, todo se gasta, el cuerpo más hermoso como los otros.

— El de Paris como el de Vulcano, dijo la condesa.

— ¿Sin duda habéis conocido á Paris, señor de Cagliostro? añadió.

— Perfectamente, madama; era un mancebo muy hermoso; pero al cabo no merecía enteramente lo que Homero dice y las mujeres piensan de él. Primeramente era rojo.

— ¡Rojo! ¡Puf! exclamó la condesa.

— Por desgracia, Elena no era de vuestro parecer, madama. Pero volvamos á nuestro elixir.

— ¡Sí, sí! dijeron en coro todas las voces.

— ¿Conque vos pretendéis que todo se gasta, señor de Taverney? Sea así; pero también sabéis que todo se repara, que todo se regenera ó se reemplaza, si queréis. El famoso cuchillo de San Hubert, que tantas veces ha cambiado de hoja y de mango, es un ejemplo de esa verdad, porque á pesar de ese doble cambio ha sido siempre el cuchillo de San Hubert. El vino que conservan en sus bodegas los monjes de San Heidelberg es siempre el mismo vino, á pesar de que todos los años echan en el tonel gigantesco una nueva cosecha. Así el vino de los monjes de San Heidelberg está siempre claro, bullendo y aromá-

tico, mientras que el vino lacrado por Opimus y por mí en ánforas de barro no era ya, cuando al cabo de cien años traté de beber de él, más que un fango espeso que tal vez podía comerse, pero que de seguro no se podía beber.

Y bien; en vez de seguir el ejemplo de Opimus, he adivinado el que debían dar los monjes de San Heidelberg; he conservado mi cuerpo derramando en él todos los años nuevos principios encargados de regenerar todos sus viejos elementos. Cada mañana, un átomo joven y fresco ha reemplazado en mi sangre, en mi carne y en mis huesos, una molécula usada é inerte. He reanimado los detritos por los que el hombre vulgar deja invadir insensiblemente todo su ser; he forzado á todos esos soldados que ha dado Dios á la naturaleza humana para defenderse contra la destrucción, soldados que el común de las criaturas reforma ó deja paralizarse en la ociosidad; los he forzado á un trabajo sostenido que facilitaba, y hasta exigía la introducción de un estimulante siempre nuevo. De este estudio asiduo de la vida, resulta que mi pensamiento, mis ademanes, mis nervios, mi corazón, mi alma, no han olvidado jamás sus funciones; y como en este mundo todo se encadena, como los que hacen siempre una misma cosa son los que mejor aciertan á hacerla, me hallo naturalmente más diestro que todos los demás en evitar los peligros de una existencia de tres mil años, y esto porque he llegado á adquirir una experiencia tal de todas las cosas, que preveo las ventajas y conozco los peligros de una situación cualquiera que sea. Así, no conseguiréis hacerme entrar en una casa que amenaza ruina. ¡Oh! no, he visto demasiadas casas para no distinguir á la primera ojeada las buenas y las malas. No me haréis cazar con un torpe que no sabe manejar su es-

copeta: desde Céfalo que mató á su mujer Procris, hasta el regente que sacó un ojo al señor príncipe, he visto demasiados torpes. No me haréis tomar en la guerra este ó aquel puesto que el primer venido aceptará, en atención á que calculo en un instante todas las líneas rectas y todas las parabólicas que vienen á dar á ese puesto de una manera mortal. Me replicaréis que no se prevé una bala perdida. Á esto respondo que un hombre que ha evitado un millón de balas no es disculpable de dejarse matar por una bala perdida... ¡Ah! no hagáis gesto de incredulidad, porque en resumidas cuentas estoy yo aquí como una prueba viva. No os digo que soy inmortal; os digo solamente que sé lo que nadie sabe, esto es, evitar la muerte cuando vieno por un accidente. Así, por ejemplo, por nada de este mundo permanecería aquí un cuarto de hora solo con el señor de Launay, que en este momento está pensando que si me tuviese en uno de sus calabozos de la Bastilla, pondría mi inmortalidad á prueba del hambre; tampoco me quedaría con el señor de Condorcet, porque en este momento está pensando en echar en mi vaso el contenido de la sortija que lleva en el índice de la mano izquierda, y ese contenido es veneno; todo esto sin ninguna mala intención, sino por vía de curiosidad científica, para saber simplemente si yo moriría.

Los dos personajes que acababa de nombrar el conde de Cagliostro hicieron un movimiento.

— Confesadlo sin reparo, señor de Launay, pues no somos un tribunal de justicia, y además no se castigan las intenciones. Vamos. ¿Estabais pensando en lo que acabo de decir? Y vos, señor de Condorcet, ¿tenéis efectivamente

en esa sortija un veneno que quisierais hacerme probar, en nombre de vuestro ídolo la ciencia?

— Confieso francamente que tenéis razón, conde, respondió el señor de Launay. Era una locura, pero esa locura me ha pasado por la imaginación precisamente en el mismo momento en que me acusabais de ella.

— Y yo, añadió Condorcet, no quiero ser menos franco que el señor de Launay. He pensado efectivamente que si probaseis de lo que tengo en mi sortija, no daría un ochavo por vuestra inmortalidad.

En aquel mismo instante salió de la mesa un grito unánime de admiración.

Aquella confesión probaba, no la inmortalidad sino la penetración del conde de Cagliostro.

— Estáis viendo que he adivinado, dijo tranquilamente Cagliostro. Y bien; lo mismo me sucede en todo cuanto debe ocurrir. La costumbre de vivir me revela á la primer mirada el pasado y el porvenir de las personas que veo.

Mi infalibilidad sobre este punto es tal, que se extiende á los animales y á la materia inerte. Si subo á un coche, veo por el aire de los caballos que han de desbocarse, y por las trazas del cochero, que me volcará ó me hará dar un tropiezo; si me embarco en un buque, adivino que el capitán será un ignorante ó un terco, y que de consiguiente no sabrá ó no querrá hacer la maniobra necesaria. Entonces evito el cochero como el capitán; y dejé los caballos como el buque. Yo no niego la casualidad, lo que hago es aminorarla; en vez de dejarle cien grados de probabilidad como hacen todos, le quito noventa y nueve, y no me fío tampoco del centésimo. He ahí de lo que me sirve el haber vivido tres mil años.

— Entonces, mi querido profeta, dijo riendo La Perouse en medio del entusiasmo ó del chasco causado por las palabras de Cagliostro, deberíais venir conmigo hasta las embarcaciones en que debo dar la vuelta al mundo, pues me haríais un señalado servicio.

Cagliostro no respondió.

— Señor mariscal, prosiguió riendo el navegante, puesto que el señor conde de Cagliostro no quiere dejar tan buena compañía, y esto lo comprendo bien, es preciso que me déis permiso para hacerlo yo. Perdonadme, señor conde de Haga, y vos madama, pues están dando las siete y he prometido al rey tomar la posta á las siete y cuarto. Ahora, ya que el señor conde de Cagliostro no cae en la tentación de venir á ver mis dos urcas, á lo menos que me diga lo que me ha de suceder desde Versalles hasta Brest. Desde Brest hasta el polo, le dispenso, pues es cosa que me atañe á mí. Pero de Versalles á Brest ¡pardiez! me debe una consulta.

Cagliostro volvió á mirar á La Perouse, pero con ojos tan melancólicos y con aire tan dulce y triste á la vez, que la mayor parte de los presentes lo extrañaron singularmente; pero el marino nada notó; se despidió de los convidados; sus lacayos le endosaban una pesada hopalanda de pieles, y madama Dubarry le deslizaba en su bolsillo algunos de esos cordiales exquisitos que tan dulces son al viajero, en los que sin embargo casi nunca piensa éste por sí mismo, y que le recuerdan los amigos ausentes durante las largas noches de un viaje hecho por medio de una atmósfera glacial.

La Perouse, siempre riendo, saludó respetuosamente al conde de Haga y alargó la mano al viejo mariscal.

— ¡ Adiós, mi querido La Perouse ! le dijo el duque de Richelieu.

— No, señor duque ; ¡ hasta la vista ! respondió La Perouse. Se diría que me marchó para la eternidad : voy á dar la vuelta al mundo, he ahí todo el negocio ; cuatro ó cinco años de ausencia, y nada más. Por eso no hay que decir ¡ adiós !

— ¡ Cuatro ó cinco años ! exclamó el mariscal. Amigo, ¿ por qué no decís cuatro ó cinco siglos ? En mi edad los años son siglos ; ¡ adiós ! os repito.

— ¡ Bah ! preguntad al adivino, dijo La Perouse riendo ; aun os promete veinte años, ¿ no es verdad, señor de Cagliostro ? ¡ Ah ! conde, ¿ por qué no habéis hablado antes de vuestras divinas gotas ? habría yo embarcado por cualquier precio que fuese, un tonel de ellas en el *Astrolabio*... este es el nombre de mi buque, señores. Madama, un beso aun en vuestra linda mano, la más linda que de seguro estoy destinado á ver de aquí á mi vuelta. ¡ Hasta la vista !

Y dicho esto, partió.

Cagliostro seguía guardando el mismo silencio de agüero.

Oyóse el paso del capitán sobre las sonoras gradas de la escalera, su voz jovial en el patio, y sus últimos cumplidos á las personas reunidas para verle.

Luego, los caballos sacudieron sus cabezas cargadas de cascabeles, cerróse con un ruido seco la portezuela de la silla de posta, y las ruedas resonaron sobre el empedrado de la calle.

La Perouse acababa de dar el primer paso en aquel viaje misterioso de que no debía volver.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Voto. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO III.

LA PEROUSE (CONTINUACIÓN).

Todos escuchaban, y cuando no se oyó nada, todas las miradas se hallaron reunidas sobre Cagliostro como por una fuerza superior.

En ese momento había en las facciones de este hombre una iluminación pítica que hizo estremecer á los convidados.

Durante algunos instantes reinó un silencio extraño.

El conde de Haga lo rompió el primero, diciendo :

— ¿ Y por qué no le habéis respondido nada, caballero ?

Esta pregunta era la expresión de la ansiedad general.

Cagliostro se estremeció, como si esta pregunta le hubiese sacado de su contemplación.

— Porque, respondió al conde, me hubiera sido preciso decirle una mentira ó una cosa cruel.

— ¿ Cómo así ?

— Porque hubiera tenido que decirle : señor de La Perouse, el señor duque de Richelieu tiene razón en decir adiós, y no hasta la vista.

29959